BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

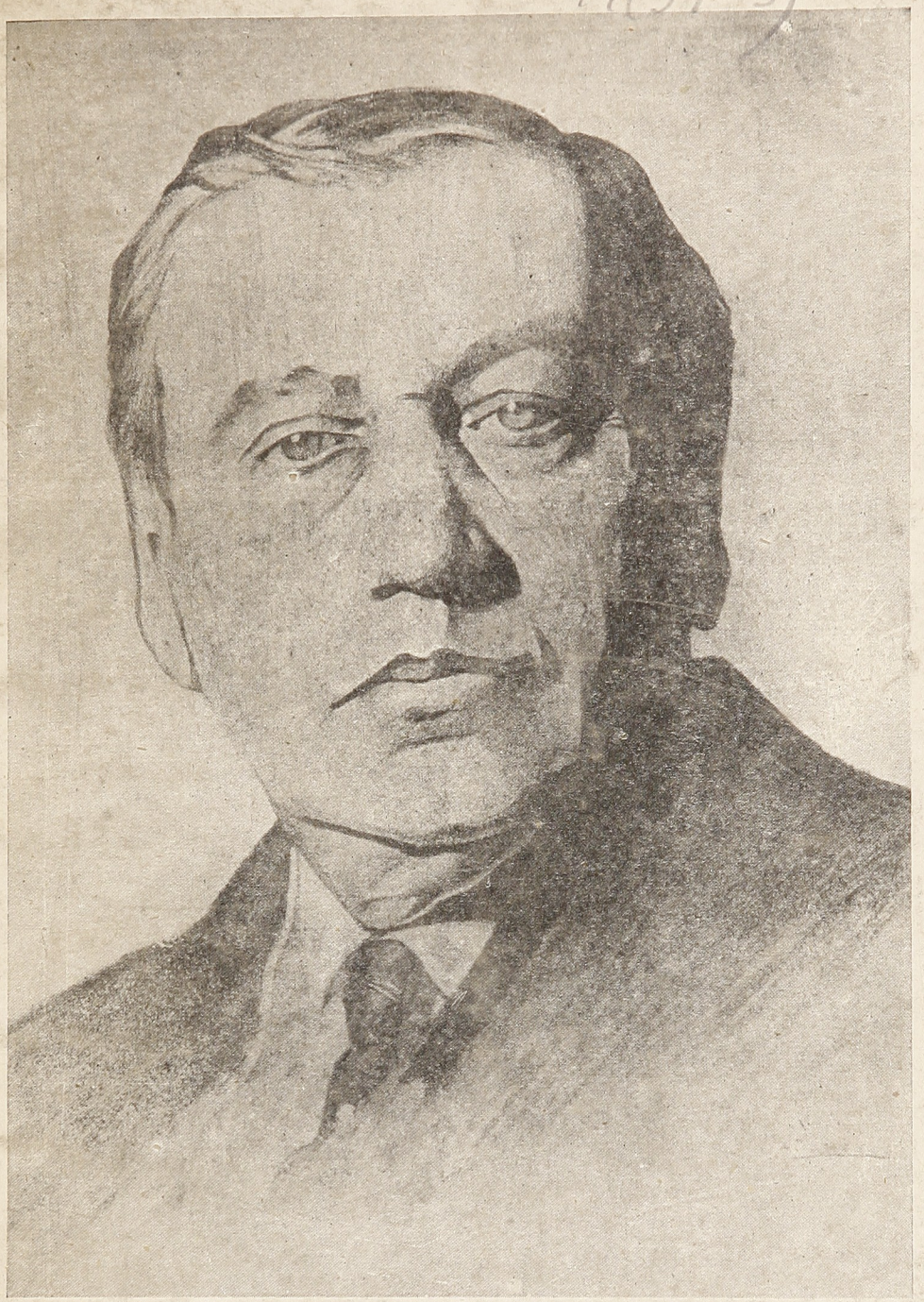
Sección ..... Chilena .....

Volúmenes de la obra ... .

Ubicación ..... 11 ... (39-3)

BIBLIOTECA NACIONAL
0453471

11(39-3)



Fué el enviado no lo olvidemos...

I R I S

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

11(39-3)

Fué el enviado: no lo olvidemos...

por

IRIS

Nascimento
Santiago 1950 Chile

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

N.° 2500

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
:: San Antonio 240 ::
Santiago de Chile.—1950

En los grandes espíritus, la amistad, como las diversas manifestaciones del alma humana, alcanza límites inalcanzables para el común de los mortales.

Iris, con su aguda intuición femenina, penetró el talento de Alessandri, manteniendo ambos, a través de sus existencias casi paralelas, un entendimiento espiritual que se prolonga ahora, como lo manifestara el caudillo, «más allá de la tumba». Se ayudaron en sus momentos de dolor y se dieron también la mano para avanzar victoriosos por la senda del Destino.

En 1924, el entonces Presidente Alessandri, viajaba camino del destierro con algunos

miembros de su familia. El olvido y la calumnia, habían comenzado a tender sus redes sobre la figura de quien en 1920 encarnara el amor y la esperanza de su pueblo y de su patria

Es entonces cuando la voz de la incomparable Iris, se levanta audaz y desafiante, para decir al corazón de los chilenos, en alto, muy alto, lo que representaba el caudillo proscrito... y publica en «La Nación» del 28 de septiembre el memorable artículo: «Fué el Enviado, no lo olvidemos», que condensa con vigor y talento inigualados, el significado de Arturo Alessandri. El insigne estadista, recibe en París este bálsamo de consuelo. Su alma sensitiva percibe con emoción el mensaje de su amiga y responde a la escritora con la hermosa carta que reproducimos más adelante, de fecha 30 de octubre de 1924.

Ahora que el Tiempo sigue su curso, es interesante detener la mirada en este instante de compenetración espiritual de dos almas supe-

riores, para madurar sus enseñanzas y seguir su magnífico ejemplo.

Al publicar este folleto nos asociamos gustosos a la idea de la nieta de don Arturo, doña Ester Matte de Kornfeld, para rendir un homenaje a estas dos preclaras figuras chilenas.

LOS EDITORES

Las fuerzas espirituales no mueren.—ALESSANDRI.

Las palabras del epígrafe, fueron el testamento breve de la hora suprema. La misma luz que puso en su frente el misterioso signo de los Elegidos, brilló en la hora del exilio.

...Todos olvidaban, pero la víctima de la catástrofe recordaba todavía...

Naturaleza esencialmente sensible para percibir las más sutiles vibraciones espirituales, fué el vivo receptáculo, en que las secretas ansias, los altivos pudores, la sed de justicia, el anhelo de progreso, se cristalizaron en la hora precisa...

Fué el Prince Charmant de la juventud nostálgica de Ideales. Fué el amable candidato de los poetas, de los artistas, de los pobres y de los tristes. Las mujeres vieron en Alessandri su libertador. Todas las fuerzas vírgenes de alborada o de renovación encarnaron en El.

No lo olvidemos.

El inexorable Tiempo—forma que reviste la Divinidad— .. puede escribirnos su nombre con sangre.

Fué elegido por la secreta fuerza que germina en el seno de la vida, para el desarrollo espiritual de las razas. Fué un enviado extraordinario del Gobierno Divino, en la hora crítica, para sacudir nuestra inercia racial.

Dió voz a los silenciosos. Prestó energías a los débiles. Puso vislumbre de conciencia en la multitud envilecida. Rompió la cadena que ataba a los esclavos. Despertó las almas dormidas.

Evocó ideales. Dibujó posibilidades. Si alguna vez el alma nacional, celebró nupcias con la Vida, fué a través de Alessandri.

Su espíritu ardoroso, sinceramente apasionado—llama viva en el altar del santuario—difundió lumbre, calor y movimiento, hasta el helado sótano en que yacían los paralíticos de la evolución.

Fatalmente fué la primera víctima. Sólo el dolor consagra los ideales de los hombres. Cada criatura lleva en sí, la cruz de su ensueño. Lo perdieron los defectos de sus propias cualidades. Se extravió en las sombras que proyectaron sus luces.

Fué un electrizador de voluntades.

Lanzó moralmente las turbas contra las instituciones caducas. Todo eso, le será contado. Fué el gran revolucionario espiritual de esta tierra.

Noble germinador de altos impulsos, Alessandri imantó las almas, orientó los corazones, encendió la frialdad de los caracteres vacilantes, inspiró confianza y disipó recelos.

Predicó un evangelio de confraternidad humana, y de justicia. Pareció falso a los que

viven sometidos a las tablas de piedra del Decálogo de Jehová.

Fué su Evangelio el mismo que enseñó el Divino Maestro y cuyo eco recogió Tolstói en Rusia.

El lema de su gobierno fué denigrado, porque el uso ha prostituído el vocablo Amor en el breve capricho sensual. Alessandri quiso restaurar el sagrado concepto de amor personal, en amor universal.

La gloria de haber sido el Enviado de allá... de traer un mensaje de piedad y de perdón, no le será jamás quitada al proscrito de hoy.

Los hombres pasan, sufren la injusticia, pero las Fuerzas Espirituales, que en ellos encarnan, no mueren jamás.

El pasado nos enseña que siempre el «Funesto Loco» de los contemporáneos, es en la vieja y repetida historia humana, el Precursor, el Anunciador, el Revolucionario y el Mártir.

Desde ese agitador popular, que derrocó el Imperio Romano, sin más armas que palabras de amor y misericordia, todos han sido perseguidos, calumniados, escarnecidos y traicionados, con besos de paz.

Recordemos los lejanos días de la Dictadura. El tiempo, al pasar, ha glorificado a Balmaceda. Triunfa hoy su ideal y se ha podrido el poder, en cuyo nombre se hizo una revolución.

Las fuerzas de la democracia no murieron con el Dictador. Tampoco morirán con Alessandri. Fué sólo el canal por donde esas fuerzas irrumpieron en la vida. Y la gloria de haber sido la única víctima de causa tan grande, crecerá de día en día, pese a quien pese.

El dolor le dará la experiencia de los hombres, que faltaba a su fogoso y juvenil temperamento. Ninguna grande obra germina sin fe y sin entusiasmo, atmósfera necesaria al amor en que nacen las cosas.

...¿Por qué fué escogido Alessandri y no tantos otros hombres más sensatos, más reflexi-

vos, y de reconocido equilibrio? ¿Por qué...? Porque ninguno era capaz de realizar la obra que la evolución espiritual del país, clamaba a grandes voces.

Su sangre italiana, vieja y ardorosa, sangre de conductores de pueblos y también de Amos del mundo, formó su personalidad.

La naturaleza le dió irresistible simpatía —pasaporte de sellos divinos, sobre los corazones— y le conservó el aspecto juvenil de los elegidos.

Ningún otro hombre, en esta tierra, poseía tales dones, y en fuerza de no ser chileno de esencia espiritual, conquistó a nuestra raza, movió al pueblo, fascinó a la clase media y amedrentó a los poderosos y privilegiados.

El alma chilena es profundamente sensible al ridículo, defensa segura de la medianía espiritual en que como joven civilización nos hallamos. Alessandri fué siempre superior a la risilla socarrona, que hiela los generosos arranques del espíritu El ardor de su alma lo hacía darse sin medida. Iba siempre arrebatado

por la turbulencia de su temperamento, y la mofa emponzoñada no lo alcanzó jamás.

Sus gestos fueron grandes y hermosos. Habrían sido romanos, si el ambiente nacional lo permitiera. Ridícula fué siempre ¡eso sí! la desproporción entre su amor apasionado y su fe idealista, con la apatía sanchesca que lo circundaba.

Hace años, uno de esos sublimes locos tropicales, caído en Chile, publicó un libro sobre Alessandri (1). Era tan prematuro el juicio, como terriblemente profético. El mismo Alessandri recogió la edición. Lo he abierto ahora. Me ha sobrecogido. Admiro cómo la locura de un desgraciado, sobrepasa en luz a la cordura de los hombres sensatos.

Nadie puede ahora juzgar a Alessandri. Es demasiado odiado y demasiado amado. Es el hombre que apasiona Malvado para unos, apóstol para otros...

Ya la historia lo ha recogido entre los amplios pliegues de su manto soberano... pero

(1) Claudio de Alas.

Dios lo juzgará, pronto, por medio de la Vida y sus Acontecimientos, tela en que a diario borda su nombre divino...

Yo sólo quiero recordar en esta hora de oscuridad, lo que Alessandri significa en nuestra vida ciudadana. Quiero anotar el grueso diamante que es su gobierno, en el collar que forman los dignos Presidentes de Chile. Todos salieron del poder pobres. Manejaron millones y no se mancharon las manos. Tornaron tristes a la vida modesta del hogar, porque no pudieron realizar sus ideales. Fueron más o menos sospechados y pronto olvidados. Respondieron con un silencio dignísimo.

Yo también abandono a Alessandri al «TIEMPO», inexorable divinidad de la que nadie escapó nunca, para bien o para mal.

...Pero no lo olvidemos. Fué el caudillo de la hora grave. Fué visionario de la noche densa. Encarnó el Espíritu Nuevo. Fué un Maestro de todo obrero de idealismo.

Sin Alessandri los jóvenes Capitanes no habrían levantado en alto sus sables relucientes.

Tampoco las mujeres se prepararían sin él, para romper el yugo secular.

Este maravilloso fermento de idealidad, vale todo el dinero de nuestras arcas fiscales

El desterrado, que surca el mar, es el jefe espiritual de este movimiento, que hizo de él, su única víctima.

Alguien ha dicho que el amor noble y el amor plebeyo sólo se diferencian en la ruptura. Así lo hemos sentido los amigos de Alessandri en las cartas de él que recibimos—páginas evangélicas en que se esculpe la figura del patriota, del poeta y del cristiano Ni siquiera necesita perdonar. Comprende.

De todas las voces que se han levantado, la suya es la más clara, la más alta, la más serena y la más dulce El odio no le ha mordido el alma Conserva el infantil candor de los iluminados, que ven más allá de la hora presente. Sus cartas vibran extraña fuerza. Traen calor de sol. Ha sido ungido con el óleo sacro de las nobles víctimas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Lo observé en el momento mismo de la catástrofe. Iba a firmar la dimisión. Estaba tranquilo y pleno de juvenil intrepidez. No se alteró su semblante de muchacho habituado a las luchas violentas y a resoluciones decisivas.

«He gobernado por medio siglo. Hice lo que pude».

Se estrechaba en torno suyo, un nudo de corazones que la tormenta iba a separar. El poder perdido, no significaba nada en ese instante. El espectro de la separación próxima, espantaba a la familia tiernamente unida.

La tragedia tomó por momentos la angustia consternada que se apodera de los tripulantes, en un barco que se hunde lenta y silenciosamente.

Pesaba en las almas un terror sin nombre. La vida hacía la más irónica de sus muecas.

Pasiones viles, asomaban en sus rostros nefandos. La fuerza de una maldición abrumaba el siniestro palacio colonial.

El lema de su gobierno fué la mágica palabra «Amor». Candidato del corazón, el úl-

timo acto de su gobierno, será una bendición nupcial. Nada es casual. Entró a la Moneda por el noble pórtico del Perdón y de la Reconciliación Llegó de día, al son de vítores. Subió la ancha escalera de piedra que lo conducía a la derrota... La simpatía popular le terció la banda al pecho.

La capilla del palacio se cerró al culto, a a veces farisaico de la ciudad, pero abrió siempre su puerta a la bendición del amor. Y así, en la noche helada del abandono, el acto postrero de la familia, fué congregarse en torno del altar, para que cayera la última bendición divina.

En las sombras de la noche, los fieles amigos escoltaban a los novios a través de los antiguos corredores, hasta la capilla en que una Virgen blanca, con las manos plegadas y los ojos alzados, iba a recibir el juramento de los jóvenes (1). Seis cirios temblaban en la oscuri-

---

(1) Matrimonio de la hija de Alessandri, verificado a las 2 de la madrugada.

dad. Entre las tétricas sombras los novios simbolizaban lo único bello que permanece en la vida: el Amor que se refugia en brazos de Cristo.

La Virgen miraba en alto. Madre de Dios y de los hombres, sabe el misterioso origen del sentimiento humano, y su trascendencia fatal sobre nuestro querer fugitivo:

«Todo pasa, pero yo quedo», dice el «Amor» en esa hora de amanecer próximo, en que todo se ha derrumbado. Cayó el Poder, pero yo anuncio aquí la alborada de la nueva vida que va a comenzar. Soy el Dios joven, que nunca muere, soy el lazo que une las razas enemigas y los corazones distantes. Soy la última palabra de la Vida, la misteriosa palabra del Tiempo, cuyo secreto sólo yo conozco...

Bajo esta postrera y precipitada bendición nupcial, salió Alessandri de la Moneda; no de los grandes salones donde se bailara días antes, sino de la capilla.

Salió en la sombra, por la puerta pequeña del odio... Solo, en silencio, camino del destierro...

Pequeña es la puerta, amigo mío, pero conduce a la justicia. Avanza sin miedo... Por esa misma puerta se va a la gloria...

Se cerró sigilosamente tras de él en la noche densa, la puertecilla que lo ha expulsado, mientras el gran portón de piedra por donde penetrara en brazos del pueblo enloquecido, está solitario. Abre sus grandes hojas claveteadas, y en la oscuridad brilla un farol amarillento.

Esa puerta excusada por donde Alessandri ha salido, lo lleva a la Historia que se escribe, no en torbellinos pasionales, sino en oscuras y heroicas renunciaciones.

Por ese mismo umbral pasaron O'Higgins y Balmaceda. Es puerta de predestinados.

Las victorias definitivas, son siempre victorias mutiladas, como lo cantó el insigne poeta latino.

Ultimo cuadro. Va a amanecer, frío en los corazones, frío de soledad en las almas.

Se acerca a la chimenea de la Embajada Americana, Alessandri y una amiga que lo acompaña. Silencio hondo y trágico.

De súbito rasga el aire gélido de aquella noche el «Buj» de una sirena, larga y siniestra voz que emerge de las tinieblas. Conmueve la ciudad entera que velaba todavía...

Alessandri se levanta. Quiere embriagarse en aquella gran voz de alarma, que anuncia al pueblo su caída... «Amiga mía, abre la ventana para escuchar mejor». Culminó en ese instante hondo dolor. Adiós a los Ideales. La sirena seguía sonando con su gran voz siniestra... Buj...uj...j...

Profundo silencio. Frío intenso y oscuridad densa. Amanecerá pronto...

Los sombreros se alzaron temblorosos, cuando en la sombra de la tarde, pasó Alessandri para el destierro, y las almas dijeron

muy quedo: «¡Viva Alessandri!» «Quand Même» (1).

Así lo expresó el corazón de una raza, desde la fila enemiga.

No lo olvidemos.

¡Fué el Elegido!

IRIS

---

(1) Joaquín Edwards Bello.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

Desde París

El 30 de octubre de 1924, le escribía el Presidente Alessandri a la señora Inés Echeverría de Larraín (Iris) la carta que reproducimos.

Llegaba una tarde fría y brumosa del otoño sombrío de esta ciudad, acababa de probar una de las emociones más hondas de mi vida al visitar el Museo Grevin, en donde, con aquella fuerza misteriosa peculiar de la raza francesa, me habían hecho vivir momentos históricos arrastrados ya muy lejos, a inmensa distancia, por el torrente incontenible de la vida.

Contemplé allí a Napoleón en plena juventud, con todo el brillo de un sol que nace, con las expectativas de su porvenir, con la aureola resplandeciente de la esperanza, que iluminaba su rostro, con las palpitaciones vibrantes de su corazón que presentía el triunfo, el éxito, la apoteosis.

En la plenitud del amor, Josefina, junto a él, oyendo una sinfonía musical, acariciaba en silencio al hombre superior, amo futuro del mundo, actual rey y señor de sus sentimientos y de su personalidad toda.

Era la alegría, la esperanza con toda la majestad de sus ensueños, ilusiones y grandezas.

Más allá, apenas a tres metros de distancia, dí con el aposento desmantelado, frío, tétrico de Santa Elena. El Emperador, el dominador de pueblos y razas, el amo del mundo, el creador de tantas grandezas, desplomado, frío, inerte en un lecho miserable y humilde, enseñaba silencioso a la humanidad que pasa, cuán inestables son los triunfos y las grandezas de la vida. La ilusión, como usted sabe, es perfecta, completa. Uno se transporta, vive instantes de incomparable grandeza. Asistí allí al deslumbrante drama de la vida: la esperanza y la victoria con todas sus grandezas; la hecatombe y el desplome con toda la majestad infinita de su poder e imperio.

Es imposible, mi querida amiga, encontrar palabras bastante significativas, para traducir y transportar al papel la emoción que aquel cuadro produjo en mi espíritu. Sería inútil pretenderlo.

Mi pensamiento fugaz como el relámpago, voló allá, lejos, hacia el rinconcito de suelo alejado, perdido entre la majestad del mar y la cordillera, donde un manto azul, que en ninguna parte se ve igual, cubre tantos afectos, tantos recuerdos, tantos amores que son la vida y la existencia entera.

Allá, en ese rinconcito perdido, los hombres, iguales en todas partes, en todos los climas, a través de todas las etapas de la historia, fueron también injustos, desleales, derramaron a raudales la ingratitud y el olvido; pero, ¿qué hay de raro en eso? Es la ley de la vida. Subió ese calvario el gigante de la historia, el dominador de los pueblos y naciones, aquel que tuvo por teatro y pedestal el mundo, ¿por qué sorprenderse, entonces, de que otros hombres, pigmeos apenas de la vida, sientan tam-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

bién los aletazos de la adversidad? El, que fué tan grande y poderoso, murió allá, lejos, solo, perdido en la inmensidad del océano, sintiendo el frío de la ingratitud y el abandono. En cambio, yo, que soy apenas un enano perdido en el océano infinito de la vida, si he sufrido ingratitudes, en cambio, siento junto a mí el calor fecundo de tantos y delicados afectos y ternuras superiores, mil veces superiores, a todas las grandezas y a los resplandores efímeros e inestables de las mayores victorias.

Estas y mil consideraciones que golpeaban mi espíritu ante el cuadro imponente que presenciaba, me hicieron derramar lágrimas de admiración y, al mismo tiempo, rodaban ellas plácidamente sobre mi alma, imprimiendo allí un sentimiento de paz y consuelo ante mi desgracia tan pequeña y efímera, en presencia de la magnitud infinita del cuadro que presenciaba. ¡Pobres gentes aquellas que con tanta injusticia me odian! ¡No saben ellos cuán intensamente y con cuánta sinceridad los compadezco!

¡Será inútil arrancar a mi espíritu la moneda que ellos gastan! ¡Pago su odio con el perdón sincero y con la más honda piedad!

* * *

Tal era, mi querida e incomparable amiga, mi estado de ánimo, cuando llegando al quinto piso de mi hotel, abro la carta de Fernando mi hijo y, dentro de ella, aparece su artículo del 28; evangelio infinito de benevolencia, de piedad, de afecto cuyo precio no podrá jamás pagarle con gratitud bastante un hombre durante su vida entera, una familia, una generación toda.

Formando un nudo compacto y estrecho de admiración, cariño y gratitud hacia Ud., los cuatro proscritos nos disputábamos el honor de leer sus hermosas y consoladoras palabras en voz alta, y era imposible, pues las lágrimas nos ahogaban, y nuestros sollozos se levantaban y subían entonando un himno de gratitud infinita hacia quien alzaba un grito de piedad en

medio de tanta injusticia e ingratitud. Jamás fué rezada con más fervor una oración de agradecimiento y ternura, que aquella que surgía de nuestros corazones vibrantes de afecto y cariño por tanta generosidad. Mil gracias, mil gracias, amiga adorada, por su piadoso y valiente recuerdo. Bien sé que no merezco nada de lo que Ud dice en su artículo, lo creo así sinceramente; pero, sus palabras, lo que ellas representan en momentos de tanta depresión de los caracteres y en horas tan lúgubres de cobardía moral, producen admiración y hacen que nuestras vidas queden ligadas a Ud. por vínculos de cariño y gratitud que seguirán más allá, todavía mucho más allá de la tumba.

Los chilenos de aquí, que son muchos y entre ellos bastante amigos, han llorado leyendo sus bondadosas palabras, se han unido todos al cántico de gratitud eterna que entonamos en su homenaje, y los adversarios, rendidos ante la belleza de su lenguaje y la piedad inmensa que encierra, se han inclinado respetuosos y en silencio.

¡Dios bendiga a quien pone su inmenso talento, su genio indiscutible, y toda la fuerza de su sentimiento y gran corazón al servicio de una obra tan piadosa y santa! Consolar al afligido, es uno de los postulados más sublimes del cristianismo, y Ud. ha cumplido con esa noble misión con todas las exquisiteces sublimes de su temperamento sensible, artístico, delicado, nacido entre flores y destinado a embalsamar la atmósfera con la pureza y el perfume de su más rico aroma.

Créame que, si alguna vez he sentido mi corazón roído por las bajezas de la envidia, ha sido hoy; envidio a los artistas, a los poetas, a los grandes dioses de la palabra y el idioma, porque hubiera deseado llegar hasta su altura intelectual para expresarle con verdad, y en toda su intensidad, la gratitud y la admiración que por Ud. siento. Mis palabras son una cárcel estrecha e imperfecta que no me dan las tonalidades que yo quisiera encontrar para que Ud. pudiera apreciar bien lo que yo siento y cómo agradezco su actitud. Agradecimiento que,

como Ud. comprenderá, comparten conmigo y al mismo diapasón todos los míos.

En fin, amiga querida y adorada, las malas acciones tienen siempre su castigo en alguna parte, en el tiempo, en el espacio; las buenas obras pesan en la escala del perfeccionamiento indefinido de los espíritus, y, a las muchas que la rodean a Ud. adornándola con la aureola de los elegidos, debe agregarse esta, la más grande y desinteresada, cual es haber destilado gotas dulces de consuelo, en almas azotadas por las crueldades de la injusticia e ingratitud.

En fin, no olvide nunca, que aquí hay almas que la bendicen, que elevan hacia arriba los más sinceros e intensos votos por su felicidad y bienestar.

* * *

Apenas había llegado a este país, donde uno se siente vislumbrado y perdido en medio del bullicio inmenso de sus actividades de todo orden, recibí una invitación de M. Loucheur

para asistir a una conferencia en el Anfiteatro de la Sorbonne, que se celebraba bajo los auspicios del Comité de Acción en pro de la Liga de las Naciones y cuyo objeto era oír la palabra de los Delegados franceses en la quinta Asamblea.

Tomé un taxi y me largué por esas calles de Dios, ignoradas y desconocidas para mí, a las ocho de la noche Como quien boca tiene a Roma llega, me dejé arrastrar por aquellas calles. Me parecía viajar por el mundo de la luna. El automóvil detuvo su carrera ante un inmenso y obscuro edificio, que parecía levantarse como un gigante cansado bajo el peso de los años y de la ciencia en medio del bullicio y estrépito de la colmena humana agitada y vibrante que por todas partes aquí pulula y se agita en medio de la más febril actividad.

Quise entrar, mostré mi entrada; pero, inútil, una fila de guardianes, muy corteses y educados, me pedían que me retirara junto con las mil personas que seguían igual suerte por haber llegado tarde. Las peticiones, argumen-

taciones, súplicas, todo era inútil ante la suprema consideración.

—«No hay ya más sitio dentro de la sala, señor!». ¡Qué desesperación! Venir de tan lejos, haber corrido tanto en vano no era posible, no. Cierto que era allí un número; pero, la costumbre, el hábito adquirido de alcanzar siempre lo que se desea y de llegar donde uno se propone, me dió fuerzas para insistir y afinando mi lengua, adaptándola al mejor francés que me era posible, me acerqué al oficial que me pareció de mejor cara y de mejor humor, y le dije: «Señor, vengo de muy lejos. Soy el ex Presidente de Chile; deseo, necesito oír a M. Herriot y a los hombres que en Francia inician hoy la gran cruzada de la paz, y a la cual yo he cooperado modestamente, con todas mis energías, desde un rinconcito muy lejano del mundo».

El francés, sin decirme una palabra, me tomó gentilmente de un brazo, me condujo hasta un farol, me miró fijamente y me dijo: ¿Está Ud. en el Hotel Mercedes? —Sí, señor,

le repliqué. Entonces, convencido, parece, por aquella respuesta de que yo le decía verdad, con gran finura y atención, me acompañó como una cuadra hasta otra puerta, donde otro oficial con muchos galones, saludándome con exquisita cortesía ante la presentación que me hiciera mi improvisado amigo, volvió a repetirme que entraría siempre que me resignara a las contingencias de quedarme de pie. Agradecí y seguí. Estaba ya en el patio del inmenso y majestuoso claustro de la ciencia. Pocos pasos más y llegué a la puerta del anfiteatro Nuevamente fuí advertido que no podía entrar por falta de sitio. Esta vez un viejo mal agestado, con largos y canosos bigotes, pantalón corto y sombrero apuntado, como los de nuestros marinos.

Insistí en mis exigencias; el hombre era más severo que la tradición que representaba en su traje y actitudes. Era tirano en su consigna: no hay sitio: no se entra.

Vuelvo nuevamente a reclamar mi título, y, sin saber dónde, un miembro de la Legión

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

de Honor, correcta y elegantemente vestido, se adelanta precipitadamente y me dice: «Realmente, señor, no hay sitio; pero si Ud. desea entrar, hágalo. Permítame sólo avisar a M. Herriot, que preside, para buscarle colocación».

No permití, por nada, el aviso y me limité sólo a aceptar la entrada. Mi introductor, supe después, era un alto funcionario, M. Guichard.

Se abrió la puerta, entré, quedé deslumbrado ante la magnificencia de aquella sala centenaria, repleta de más de seis mil almas.

Se destacaron ante mí, como si hubieran querido darme la bienvenida, las estatuas de Descartes, Lavoissier y Pascal. A tres metros de la puerta por donde me entraron, estaba la mesa directiva, presidida por mi hombre, M. Herriot, y, en la primera fila de asientos al frente, M. Doumergue, Presidente de la República, que tenía a su lado al Embajador de Inglaterra.

Como todo el mundo miraba a aquel personaje aparecido después de comenzada la fun-

ción, y pensando que tal vez veían en mí un pájaro raro, no tuve más remedio que buscar refugio sentándome en el suelo, en el canto de la tarima donde estaba la mesa directiva.

¡Qué emoción tan profunda! El modesto y olvidado nombre de la patria lejana y querida había sido una insignia generosa, que vencía la tradicional indiferencia de quienes, con razón, se creen hoy los dueños del mundo, como lo fueran en las épocas más brillante de su historia.

El honor de haber gobernado a Chile, era motivo sobrado para recibir distinciones y facilidades excepcionales en este gran país.

Gracias a mi insistencia, me fué dado disfrutar del encanto que me produjo oír la palabra elocuente de grandes oradores, entre los cuales se destacó, en caracteres de inmensa superioridad, un diputado socialista: Paul Boncourt.

Tipo exacto y definido de revolucionario francés; su palabra cálida, vibrante, era a la vez que un poema, una sinfonía musical. Surgían a torrentes las imágenes, se sentían las

ideas con vida y movimiento, se convertían en verdaderos monumentos esculturales de sencillez y belleza y, en medio de todo, la verdad dominando el conjunto y abriéndose paso triunfal. ¡Qué emoción tan honda! ¡Jamás había podido apreciar un discurso con más fondo y forma!

Le tocó, al fin, su turno a M. Herriot; era lo que deseaba.

Menos brillo que el anterior; menos belleza en la forma; pero, tanto fondo y consistencia en la verdad que expone, como el otro.

Empieza consagrándole a su antecesor en el uso de la palabra, M. Boncourt, una galantería con toda la gracia con que saben decirla los franceses: «Il ne parle plus, et on l'écoute encore», dice, en medio de una estrepitosa salva de aplausos a quien realmente electrizó y cuyo eco continúa vibrando y sin extinguirse en la sala.

Agrega, después, «los que combaten la nueva política de Francia, orientada hacia la paz definitiva del mundo, carecen del «pudor del

patriotismo». Y vino a mi mente tanto recuerdo. ¡Cómo representa aquella frase una lección para todos los que, en diversos climas y latitudes, carecen del «pudor del patriotismo» y, exhibiéndose en toda su desnudez moral, no saben ni siquiera respetar a la patria, menos fuerte en su afecto que el imperio de sus bajas y mezquinas pasiones!

Herriot, agregó en seguida: «Las fuerzas morales son realidades efectivas. Una vez más, la Francia ha dado el ejemplo: el odio no se cura con el odio». Fuí siempre un convencido de la fuerza invencible de las energías morales de los pueblos; tienen el poder misterioso de la germinación. La semilla caída en la tierra se estremece, se agita, vibra, vacila a impulsos de energías misteriosas, se desarrolla, aparta la tierra que la cubre, vence la resistencia material, recibe finalmente el beso renovador de la luz y el sol. De la misma manera, las fuerzas morales, alma y vida de los pueblos, germinan, fecundan, vencen los obstáculos, se imponen finalmente sobre toda resistencia material de

cualquier orden: esas fuerzas morales, pese a quien pese, como Ud. dice en su artículo, son las que garantizan la redención y el progreso en el porvenir de nuestra querida patria.

—Estoy seguro. Lo siento y sé que la aurora de un nuevo y fecundo día clarea ya en las cumbres más altas de nuestros patrios destinos.

Esto pensaba yo cuando Herriot preconizaba el culto de las fuerzas morales directivas de los destinos de los pueblos.

Constituyeron siempre para mí una creencia, una religión en medio de la sonrisa sarcástica y burlona de los espíritus superficiales de mi tierra. Y, hoy más que nunca, creo en ellas, espero en sus energías fecundantes y renovadoras.

«El odio no se cura con el odio». ¿Qué diferencia hay entre ese lema y el mío? «El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo».

Esa frase que es un código de moral, un evangelio que siento arraigado en las fibras más íntimas de mi espíritu y que hacía reír a tan-

tos de mis compatriotas, es también el lema, la antorcha que guía el camino del hombre que hoy encarna el sentimiento colectivo del alma de la Francia victoriosa y renovadora.

Terminó diciendo: «Acordémonos nosotros, que prometimos a los combatientes que esta sería la última guerra. Para cumplir esta solemne promesa, debemos agregar a la Declaración de los Derechos del Hombre, la Declaración de los Derechos de los Pueblos».

Otro de los oradores dijo: «La Francia le dió al mundo la libertad, le debe hoy la paz».

Sin ninguna inmodestia, comparando estas afirmaciones con muchas de las páginas de mis mensajes presidenciales, se encuentra comunidad absoluta de ideas con las que resonaba bajo la cúpula de la Sorbonne y que eran recibidas en medio de delirantes ovaciones. Comprenderá Ud. cuán honda y lícita satisfacción estremecía en aquellos momentos mi espíritu y, la patria querida, lejana, perdida tras la bruma del mar inmenso, se acercaba, se sentían sus efluvios cálidos y, cerrando los ojos del espíritu

se transportaba allá, amándolos más que nunca, con todos sus defectos y grandezas, queridos y amados en conjunto, porque son de la patria, porque forman su alma colectiva y su esencia misma.

* * *

Con Hanotaux tuve también una conferencia interesantísima. Le expliqué los sucesos de Chile con criterio de filósofo y observador, olvidándome que había sido actor, y dió una vigorosa exclamación cuando le dije: «Se ha cumplido entre nosotros una ley histórica. El trastorno y la revolución tuvieron que venir en amparo de la evolución que se retardó».

Me encontró profunda razón cuando le afirmé que los pueblos, como los hombres sus vestidos, necesitaban renovar sus instituciones para seguir y adelantarse a las diversas modalidades del progreso; pero, como siempre se suman muchos intereses creados alrededor de las institucio-

nes existentes, son esas fuerzas de resistencia las que retardan y dificultan la evolución, hasta producir, en ocasiones, la revolución como el único medio de salir del paso y abrir la ancha puerta del progreso.

El eminente historiador se sintió sinceramente impresionado con las declaraciones e informaciones que yo le daba y, después de haberme retenido durante hora y media, me pidió continuáramos conversando para otro día.

Mi maestro Gustavo Le Bon, sabiéndome aquí y como se encuentra fuera de París, me mandó convidar a almorzar para el miércoles próximo con veinte intelectuales más cuyo conocimiento, como Ud. comprenderá, es para mí de inmenso interés.

El movimiento de Chile, mirado desde lejos, filtrando las miserias y bajezas que siempre surgen cuando se agitan o renuevan los bajos fondos, sociológicamente estudiado, tiene mucho de interesante y digno de especial meditación.

En fin, no quiero continuar robándole su tiempo con esta interminable y pesada lata Pero, ¿qué quiere? Su espíritu me atrae fuertemente. Escribiéndole me siento tan cerca de Ud, y disfruto de todos los encantos seductores y atrayentes de su espíritu tan fino, noble y culto.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

PRINTED IN CHILE

FABRICACION CHILENA